

recogido abundante cosecha de desengaños e ingratitudes, donde yo había sembrado adhesión, lealtad, afecto, laboriosidad y entusiasmo. Si llego a sembrar vientos, ¿cuáles hubieran sido las tempestades de mi recolección?... Aunque a lo mejor... ¿quién sabe?

El caso es que desde aquel día, yo escribí siempre «para Moya», aunque nunca hasta ahora, cuando la malicia no puede ya interpretar torcidamente mis palabras, se lo haya dicho a usted.

Y escribiendo para usted sigo, menos por obedecer a una costumbre de tantos años, que al vivo y profundo sentimiento de gratitud y afecto, que sus muchas atenciones y la amable benevolencia con que me ha juzgado siempre, arraigaron en mí.

Va, pues, esta recopilación de cuartillas periodísticas a quien debe ir por fuero de respeto, de autoridad y de cariño, y va limpia de todo sentimiento egoísta y mezquino. Dispénseme usted el honor de aceptarla.

Un apretón de manos, don Miguel..., o, si usted lo permite, mejor, un abrazo.

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN.



La amiga del Rey.

DOS CONSPIRADORAS

I

Ello fué hace años, ¡unos pocos años!

No iba pasada media docena de días desde que se posesionara del trono el nuevo Monarca, traído de extranjeras tierras al reino de la constante revuelta, transformado al correr de los años en el de la perenne mansedumbre, cuando una mañana detúvose a la puerta de uno de los principales hoteles de la capital un ómnibus, cuya baca amenazaba hundirse con el peso de algunos grandes baúles, otras cuantas no pequeñas maletas y una regular colección de sombreroeras de distintos tamaños.

Los desocupados, que entonces, como ahora, arreglaban el país mientras paseaban por la plaza, dieron un momento de mano a sus planes de gobierno y detuviéronse para admirar la soberana hermosura de la dama que, envuelta en amplio abrigo de viaje, descendió del coche.

A su presencia brotaron espontáneamente los piropos de todas las bocas; pero sólo llamó la atención de la viajera un *¡bocatto di cardinali!* lanzado por un políglota callejero y pagado por la hermosa con una sonrisa y una mirada capaces de encender el agua.

Al cabo de una hora salió la bella de la fonda y entró en un carruaje de punto, a cuyo cochero dió un mozo del hotel esta dirección:

—A Palacio.

Y rodando calles llegó el vehículo al Palacio Real; bajó la dama, pagó al auriga y entróse en la casa del Rey con la misma seguridad que si en la suya entrara.

II

Tres días después, los ministros, convocados a toda prisa por el general que les presidía, reunieron en Consejo, encendiendo la inesperada reunión la curiosidad de periodistas y políticos, quienes, pese a todas las artes y recursos del husmeo puestos desesperadamente en juego, no pudieron saciar el «ansia de saber» que a todos dominaba.

Y mejor fué así. ¡Buena se hubiera armado si en aquella hostil atmósfera de prevención, cuando no de odio, hecha en derredor del nuevo Monarca, llega a traslucirse lo tratado en Consejo...!

—El Ministro de la Gobernación explicará a

ustedes lo que ocurre—dijo el Presidente a los consejeros apenas estuvieron reunidos.

Carraspeó un poco el interpelado, rascóse unos segundos la barba, según su inveterada costumbre, y comenzó a hablar así:

—Hace tres días ha llegado a la corte una antigua amante del Rey, a la cual éste ha instalado en palacio, en las mismísimas habitaciones reales.

Los sillones que sufrían la pesadumbre del Gobierno crujieron a un tiempo, a la par que de las ocho bocas ministeriales se escaparon, sonoras y rotundas, ocho españolísimas interjecciones.

—Esta mañana—continuó el Consejero de Gobernación—ha estado en el ministerio el Mayordomo Mayor a ponerme en autos de lo que ocurre.

—Pero ¿quién es esa mujer?—preguntó el famoso orador que desempeñaba la cartera de Estado.

—Se trata, según me ha dicho el Duque, de unas relaciones ya antiguas. Ella es una aventurera de alto bordo, que domina al Rey, un poco por amor y otro poco por miedo a los escándalos, que es fácil en darle.

—¡Pero ese hombre está loco!—exclamó el autor dramático que dirigía el ministerio de Ultramar.

—Es necesario—dijo el Ministro de Hacienda, que era entonces un hombre práctico (¿cómo cambian los tiempos!)—que esa mujer salga inmedia-

tamente de palacio. La Reina llegará pronto y...

—¿Pero sería capaz el Rey?...

—No le conocen ustedes—interrumpió el Presidente—. El Embajador de su país me ha contado a este propósito cosas que a cosas llegan, y aun pasan.

Siguió el Consejo durante un rato, y terminado que fué, el Ministro de la Gobernación se dirigió a palacio.

III

—Hágame el favor de decir a Su Majestad que necesito hablarle—rogó el Consejero al Grande de guardia, quien volvió en seguida con esta embajada:

—Dice Su Majestad que esta no es hora de despacho.

—Adviértale que se trata de un asunto importante, que vengo a comunicarle en nombre del Gobierno.

Tornó a entrar en las habitaciones reales el Grande, y volvió a salir diciendo:

—Su Majestad insiste en no recibir a usted ahora.

Buscóse al Mayordomo Mayor, y gracias a sus buenos oficios presentóse el Monarca, malhumorado e impaciente como hombre a quien se distrae de sus placeres, en la habitación donde esperaba el Ministro.

—Señor—dijo con riojana franqueza el Consejero, sin andarse con rodeos—: el Gobierno ha sabido que ocupa la cámara regia una mujer que no es la Reina, y...

—¡Señor Ministro—interrumpió el Soberano, que había oído con impaciente enojo—, en mi vida privada, nadie, ni aun el Gobierno, tiene derecho a mezclarse!

Y, sin dar tiempo a que su interlocutor le contestara, entróse a sus habitaciones.

Media hora después volvió a palacio el Ministro, acompañado del Jefe del Gobierno, y, como antes, costó Dios y ayuda sacar al Rey de su cámara.

En pocas y comedidas palabras le notificó el Presidente el acuerdo que el Gobierno había tomado: o salía aquella mujer de palacio, o el Gabinete presentaba la dimisión.

—Hagan ustedes lo que gusten—contestó el Rey con la mayor frialdad—. Repito lo que dije antes. Mañana, a la hora de despacho, me darán cuenta de lo que hayan determinado. Ahora pueden ustedes retirarse.

Los Consejeros discutieron detenidamente el caso.

Una crisis al décimo día de un nuevo reinado, en las circunstancias en que el país se encontraba, era un suceso tan grave, que daría al traste con la aparente tranquilidad del reino. Era preferible esperar.

—El tiempo y yo contra otros dos—había repe-

tido el Ministro de la Gobernación a sus compañeros, exponiéndoles el sabio principio de gobierno de que tan hábilmente y con tanta utilidad hizo uso durante su larga vida política.

Los Ministros confiaron en la habilidad de su compañero, y un poco también en la ayuda que podría prestarle su travieso subsecretario, un antequerano sagaz y atrevido, para resolver aquel espinoso asunto, y decidieron no dimitir.

IV

Y pasó un día, y pasaron dos, y cuatro, y una semana, y la amante del Rey no abandonaba el palacio, y el Soberano, cada vez más rendido a los encantos de la hermosa, apenas si de su lado se separaba.

Diariamente acudía una doncella al hotel donde dejara la dama el equipaje, y poco a poco íbalo trasladando desde la fonda al alcázar.

Los ministros, cada vez más preocupados, acudían en demanda de una rápida solución a su compañero el de la Gobernación, quien los escuchaba sonriente y amable, siempre rascándose la barba y haciendo gala de una tranquilidad que no lograba comunicar a sus colegas. Hablaban ya éstos seriamente de dimitir.

Al fin, una mañana muy temprano, a la hora en que el Gobierno debía dormir descuidadamente

sin acordarse de que hay italianas en el mundo, la de nuestra historia salió del Palacio Real para ir al hotel en busca de algo cuya conducción no quería fiar a extrañas manos; quizá el resto de su equipaje.

—*Vieni presto*—le dijeron al salir.

—*Presto*—había contestado ella con un beso y una sonrisa—. Y llena la imaginación de dorados ensueños llegó a la fonda, que fué llegar al lugar de su ruina, porque no bien hubo pisado el vestíbulo cuando la rodearon, sin permitirle seguir adelante ni volver atrás, cinco individuos de desagradable aspecto, mal encarados y no bien vestidos, envueltos en mugrientas capas de color que fué y llevando en las manos, a modo de distintivo, gruesos garrotes, como hechos de encargo para tundir las más duras costillas.

Uno de ellos, mejor trajeado que los otros, se dirigió a la extranjera:

—Soy—la dijo, valiéndose del intérprete del hotel—el jefe de la Policía. Va usted a subir conmigo en aquel coche...

La dama no le dejó continuar. No estaba dispuesta a consentir tal atropello. Seguramente no sabían quién era ella. Antes que se dejase conducir a ninguna parte la harían pedazos. Gritaría; pediría socorro. Y elevaba el tono de su voz, más estridente a cada palabra, mientras pugnaba por romper la muralla policíaca golpeando con mano fuerte a los agentes.

—Es inútil cuanto usted haga—le dijo el jefe de policía, aprovechando un momento en que cesaron los gritos—. Tengo orden del Gobierno de conducir a usted al Extranjero. Mis agentes tienen fuertes cuerdas para atarla, si se resiste, y mordazas con que apagar sus voces. De grado o por fuerza, he de llevarla a usted ahora mismo. ¡Elija!

Resistióse aún; pero al cabo, aunque a duras penas, dominó su ira, masculló una porción de insultos y maldiciones y se dejó conducir.

Cuando estuvo del otro lado de la frontera, las amenazas que se la hicieron, la vigilancia a que se vió sometida y sobre todo el dinero, gran domador de esta clase de hembras, pudieron tanto en ella, que no volvió a ver a su amante mientras éste ciñó corona.

V

El día del «rapto» correspondía al Ministro de la Gobernación despachar con el Rey.

Distraído e inquieto el Soberano por la prolongada tardanza de su amante, sancionaba maquinalmente, sin hablar palabra ni parar atención en las que sonriente y afable le dirigía su Ministro, los decretos que éste le iba presentando a la firma.

—Señor—dijo al Monarca así que hubo terminado el despacho—, tengo que comunicar a Vuestra Majestad una grave noticia.

El Rey salió de su distracción, levantó la cabeza y esperó curioso a que hablara el Ministro, quien desde hacía rato no daba paz al pasear de sus dedos por la barba.

—El Gobierno ha descubierto un complot contra la preciosa vida de Vuestra Majestad. De ejecutar el criminal proyecto hallábase encargada una dama milanesa, que hace poco menos de quince días llegó a la corte.

El Rey púsose en pie de un salto y fijó en su interlocutor una mirada impaciente y agresiva.

—Tranquilícese Vuestra Majestad — continuó imperturbable el ministro, acentuando su característica sonrisa—. Afortunadamente, el Gobierno ha podido frustrar el golpe. El instrumento de los conspiradores ha sido preso, y a estas horas la Policía conduce al Extranjero a esa mujer. Hemos preferido este medio silencioso a alarmar al país con la instrucción de un proceso...

Al cabo la ira permitió hablar al Rey:

—¡Eso es una indignidad!—gritó, pegando en la mesa tan fuerte puñetazo que hizo saltar la pesada escribanía. Y clavó dos ojos desafiantes, abrasadores de ira, en el Ministro, que tranquilamente guardó en la gran cartera los decretos que acababa de poner a la firma, hizo una profunda reverencia y salió del despacho sin que de su rostro desapareciera la simpática sonrisa que de ordinario lo animaba.

El Rey no le perdonó nunca este *servicio*.

VI

Pero pasaron días, no muchos, y aquel impenitente galanteador, que no tenía entre sus virtudes la de la constancia, rindió a una belleza de la capital: una señorita de la clase media, de apellido ilustre en la literatura patria, llamado, pocos años después a hacer, por bien distintos caminos, un ruido escandaloso con ciertas fantásticas combinaciones crisopéyicas realizadas por una mujer lista y astuta, conocedora de la extensión sin límites de la raza de los tontos, que supo evaporarse a tiempo con los millones que los imbéciles acudieron a entregarla creyendo en una nueva y milagrosa encarnación del generoso San Bruno. Enamorada o ambiciosa, la señorita de nuestra historia jugó todas las armas de la coquetería para apoderarse del corazón del Monarca.

Duró aquella aventura lo que tantas otras del coronado inconstante, quien no tardó en buscar nuevas satisfacciones a sus amorosas ansias. Mas la señorita no se contentó con llorar el abandono, y entabló una persecución en toda regla contra su regio amante de una semana.

Allí donde éste iba estaba seguro de encontrarla, fijos en él constantemente los ojos, saludándole sin recato, cuándo amorosa, cuándo amenazadora, a la vista de todo el mundo, y si se atrevía a

mirar a otra volvíase ella al instante contra la favorecida, desafiándola con la mirada y con el gesto... si no iba más allá. Era aquello un escándalo sin palabras que todo el mundo comentaba y la aristocracia, que desde su advenimiento al Trono mostrara al Rey el mayor despego, veía con singular regocijo.

Y la desdenada no se contentaba con esto. Lo que más dolía al Rey era que había puesto sitio a Palacio y estorbado más de una noche las escapatorias amorosas. El perseguido dábbase a todos los diablos, y ya estaba tentado a emplear la violencia para librarse de aquel asedio, cuando se le ocurrió una idea salvadora.

—Señor Presidente—dijo una mañana, terminado el despacho, a nuestro amigo, aquel Ministro de la Gobernación, entonces presidente del Consejo—: he recibido noticias ciertas y detalladas de un complot contra mi persona. De atentar a mi vida está encargada la señorita de X, a quien, por poco que el Gobierno se haya fijado, habrá visto perseguirme por todas partes.

Y calló, esperando que hablase el Ministro.

—¿Y bien, señor?—preguntó impasible el Presidente.

—El Gobierno debe adoptar al instante una determinación enérgica.

—Indudablemente. Se instruirá un proceso y se castigará a los culpables con mano dura.

—No, no. Un proceso, no. Una causa de esta naturaleza produce alarma.

—¿Pues entonces...?

—Lo que se debe hacer es conducir al Extranjero a esa señorita.

—Eso es imposible, señor.

—¿Cómo imposible? ¿Pues no se hizo así con... con aquella otra conspiradora?

—Sí, señor. Pero la otra... *conspiradora era extranjera*, y como esta no lo es, el Gobierno no puede expatriarla.

—*Questo é buona!*—exclamó el Rey, indignado.

Y después de mascullar rabioso unos cuantos *accidenti!*, su interjección favorita, mientras el Ministro, sonriente siempre, guardaba en la cartera los recién firmados decretos, expresó por primera vez esta idea, que hubo luego de repetir tantas y tantas:

—*Questo e un paese ingovernabile!*



En el tranvía.

Esta mañana, como todas las mañanas, he subido al tranvía en la plaza de Santo Domingo para ir a la Puerta del Sol.

Este carruaje me ha inspirado siempre una gran antipatía, por lo mismo que lo frecuento tanto. El tranvía es antipático porque, como en toda la vida, se va en él rodeado de personas indiferentes, que os verían incommovibles reír o llorar sin alargáros la mano en un movimiento cordial de compasión o de alegría. No conocéis a nadie; ignoráis quiénes son las personas que tenéis al lado, rozando, apretando sus cuerpos contra el vuestro...

Sólo tiene el tranvía una buena condición, pero que no basta a redimirle de aquella otra cualidad mala: El tranvía llega tarde a todas partes. Es el único aspecto agradable de estos cajones antiestéticos. Llegan siempre después..., pero el viajero, por cima de todos los desengaños, siempre se hace la ilusión de que puede llegar antes, y, cuantas veces tiene prisa, espera a la carreta, sube a ella y se deja conducir. Después de todo, ¿vale la pena de llegar a tiempo a ninguna parte?

A veces el tranvía es como un arca de dolor. Todas las mañanas, las clínicas que hay por las alturas de la calle Ancha llenan los coches de rostros doloridos, de hombres que andan trabajosamente, de niños que lloran, de mujeres que se quejan. Es como si allí se hubiese trasladado una sala del hospital. El acre olor de los antisépticos se mezcla al perfume de las mujeres elegantes. Los enfermos miran a los compañeros de viaje con ojos de resignación, de ira o de envidia. Los sanos apartan cuidadosamente la mirada de aquellas figuras tristes...

Por excepción, rara a esta hora, mi tranvía de esta mañana sólo había tomado un enfermo al pasar por el hospital de la Princesa o el consultorio de la Gota de Leche.

Era una criaturita, un nenín que una mujer joven y modestamente vestida, esposa de empleado de corto sueldo, dependiente de comercio u otro desventurado semejante, llevaba en brazos, envuelto cuidadosamente en un mantón y con la carita tapada con un pañolito blanco, que la madre, dolorida y llorosa, alzaba frecuentemente para fijar en el rostro adorado de aquel querubín, que un día fué felicidad y era ahora dolor, una mirada interrogadora y angustiada... Se la veía esforzarse para contener las lágrimas y no llamar la atención.

Los demás viajeros íbamos en lo nuestro; los unos charlando; leyendo los otros; callados los

más... De pronto, mediada la calle de Preciados, el rostro de la madre infeliz se contrajo, al levantar el pañuelo, con una mueca terrible de dolor y de angustia. Abrió la boca para sollozar, para gritar o maldecir, y por un esfuerzo increíble, heroico, sublime, mordiéndose furiosamente los labios y se contuvo. Alzó otra vez el paño, miró, y las lágrimas inundaron su rostro, copiosas, calladas.

Cuando el tranvía se detuvo en la Puerta del Sol, la desventurada intentó levantarse y volvió a caer en el asiento sollozando, con el corazón roto.

Me acerqué a ella.

—Señora, cálmese. ¿Desea usted algo?

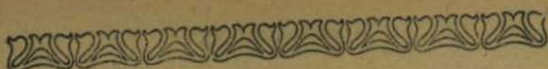
Me miró asustada, y, levantándose, dirigióse rápidamente a la salida.

—Tranquilícese usted—le dije, ayudándole a apearse—. Debe usted ir a la Casa de Socorro. ¿Quiere usted que llame un coche; que la acompañe?

Ella apretó contra su pecho fuertemente a su hijo, como si temiese que se lo robaran.

—No, no. ¡Déjeme usted, por Dios! ¡Déjeme usted!... ¡Me lo llevarían al depósito!... ¡No! ¡No! ¡Déjeme usted!...

Y echó a correr firme, sombría, con su carga de dolor...



De la feria cordobesa.

LOS GALLOS

¡GUARDIA! ¡GUARDIA!

En todas las esquinas de Córdoba, hay grandes carteles anunciando sensacionales riñas de gallos en estos días de feria.

El reñidero de gallos es un pequeño circo, en cuyo centro se alza una gran mesa redonda, cubierta por un ruedo de esparto y cercada por una barandilla de hierro y alambres. Allí se verifican las peleas. Alrededor hay un graderío de butacas forradas de badana y moteadas de sangre, separado por una barandilla de las localidades baratas. Del techo pende una balanza que tiene, en vez de platos, dos jaulas para pesar los gallos.

Los aficionados acuden con puntualidad militar a presenciar las peleas, que, acaso por lo mismo, no empiezan a su hora.

La espera entretiénesse bebiendo Montilla, discutiendo los lances de la vispera y preparando apuestas para luego, en un colmadillo que el due-

ño del reñidero, sabio y previsor, tiene establecido a la entrada del local.

Los hombres disputan a gritos; sobre sus voces alzan los gallos sus cantos de desafío.

En un pasillo, cerca de la puerta de entrada al reñidero, se halla, fijado en la pared, el reglamento de las peleas. Tiene un preámbulo filosófico, que no sabemos de qué Estrada cordobés, posible autor de sonetos imperiales pentacrósticos, puede ser obra.

«Los principios de toda Sociedad, es el orden —dice—; si a éste se añade o puede acomodarse los límites que se han de observar en ella, posible será no llegue a quebrantarse...»

Y luego vienen los artículos, conteniendo prudentes disposiciones.

«Art. 2.º No se permitirá la entrada a los mendigos, a las personas ebrias, ni a las notadas de público de mala conducta.»

—Esto de las personas ebrias, creo yo que necesita alguna aclaración. No podrán entrar borrachos de la calle; muy bien; ¿pero y los que salgan del colmadillo?

—¡Cristiano, a esos no se les puede prohibir la entrada, porque ya están dentro!

El circo se ha llenado de gente artesana; en su mayoría tratantes y toreros. El público se impacienta; el amo anuncia que van a comenzar las peleas y presenta dos pollos para abrir boca. Pero la concurrencia protesta.

—¿Después de lo que hemos asperao, nos vas a dar dos pollos? ¡Trae dos jacas! ¡Dos jacas buenas!

Se hace la voluntad del pueblo. Un gallero presenta un gallo blanco que carece de rabo, y trae otro un colorao.

El lector sabrá, de seguro, que a los pobres animalitos los presentan completamente descañonados y sin más plumas que las de las alas y la cola. Están así muy feos; pero éste no es un espectáculo de belleza. Les miden los espolones, pásanles por la cabeza y cuello una esponja empapada en limón, los pesan y los dejan solos frente a frente.

Entonces, y sin esperar a que se acometan, levántase un barullo formidable. Todos los espectadores se han puesto en pie y, convulsos, con los brazos extendidos hacia adelante y las manos abiertas, ofrecen apuestas.

—¡Diez duros la rabona!

—¡Cinco!

—¡Veinte!

—¡Aquí se llevan cinco duros por la rabona!

—¡Aquí, la colorá!

—¡Diez!

—¡No, cinco!

—¡Van!

Se acometen los gallos a picotazos, y crece el estruendo. Hay una conmoción general. Nadie se está quieto, y todos vociferan, sin cansarse, ensordecedores, furiosos.

—¡Dos pesetas por la colorá!—ofrece en la entrada general un jornalero.

—No; cinco duros.

—No, hombre; no pueo, no he traído más.

—¡Cinco duros!

—¡Si no tengo más!... ¡Dos pesetas!

Entretanto, los gallos siguen picoteándose; a veces, con furia; como si se acariciasen, otras; saltan, baten las alas, se pegan con los espolones, en una lucha larga, repugnante y cruel, sin interés para los que no jugamos. Los accidentes de la pelea subráyanse con mayores gritos de oferta.

Proponen apuestas los espectadores, angustiados, congestionados, ya más que por el deseo de apostar, por la necesidad de abrir la válvula de sus gritos a la emoción que los domina. Gesticulan como vesánicos, con los ojos saltones y extraviados; las manos, nerviosas, hacen bailar los sombreros en la cabeza, colocándolos en las posturas más inverosímiles... Sería cosa de reirse si no tuviese esto un tinte trágico, que oprime el corazón y angustia el pecho.

—¡Yo de la rabona!

—¡Yo de la colorá!

Hay un momento en que ésta intenta huir, y los contrarios se vuelven locos.

—¡La rabona! ¡La rabona! ¡Cincuenta duros a quince reales! ¡Cincuenta a quince!

Y, como cuando era el oro moneda corriente en España, se ofrece ahora por este patrón.

—¡Una onza! ¡Una onza por la *rabona!*
Mas de pronto la *colorá* pega una *puñalá* a la otra, y los que parecían vencidos se levantan airados, imponentes:

—¡La *colorá!* ¡La *colorá!*

—¡Duros a quince por la *colorá!*

La emoción es enorme. El estruendo alcanza proporciones inusitadas.

¿Cómo un hombre puede dar tales voces?

Un guardia de Seguridad, gordo y bonachón, mueve los brazos pidiendo compostura y, sin quitar ojo de la pelea, llama al orden a los concurrentes.

—¡No dais esas vose! ¿No vais que no sus entendéis ustedes? Un poco de calma, *cabayeros*, o me enfado.

Y de pronto extiende el brazo, a cuyo término hay dos morcilludos dedos imperativos, y vocifera con todos sus pulmones:

—¡Diez duros la *colorá!* ¡Diez duros la *colorá!*
¡Aquí la *colorá!*

La *rabona* ha sido vencida; los que apostaban por ella se consuelan pensando, como el personaje zarzuelaesco, que no se debió perder la batalla de Lérida.

—Ha perdido la *rabona* porque se quedó sin pico, que si no... ¡La *colorá* no valía na!

Pero he aquí otros dos nuevos combatientes, y he aquí otra vez atronando el circo el estruendo de las voces.

—¡El *cenizo!*

—¡La *negra!*

Basta. Es demasiado fuerte esto. A última hora no acierta uno a definir qué es lo más triste del espectáculo. ¿Los gallos? ¿Los hombres?

Sin la presencia en el circo de aquel guardia gordo y bonachón, representante en tal sitio de la Autoridad superior de la provincia, hubiésemos salido de allí con una grande, con una profunda impresión de pena. Pero el guardia...

¡Oh, estos divinos guardias andaluces, paternales conciliadores y despreocupados!

El otro día tomé en Sevilla un coche para hacer unas visitas. Cuando fui a pagarle, el cochero me pidió no sé qué disparate. Llamé a un guardia y le expuse el caso. Dudó un momento.

—¿Sabusté?— dijo al fin—. Es que éstos son mu abusones. ¡A ver si te pones en rasón, home!

Y, como el cochero resistiese, el guindilla decidió, salomónico:

—Mirusté, señorito, lo mejor será que partáis ustedes la diferencia, y que nos la *bébamos*... quiero decir, que se la bebáis ustedes en unos chatos.

Y nos la bebimos. El cochero, el guardia y un servidor.

Córdoba y Mayo de un año cualquiera.



Un hombre bueno.

De nada sirve esconderse en un ignorado rincón; aislarse de las gentes en un anhelo de bien ganado descanso; dejar que los periódicos, presos en las fajas sin abrir, formen montón sobre la mesa; no escribir cartas, para no recibirlas... A vuestra puerta alborotarán a su hora, sin retraso de un minuto, las malas noticias.

Así acabo de saber que ha muerto Sol y Ortega. ¡El pobre D. Juan, tan bueno, tan cariñoso, tan afable, tan llano, con la llaneza y la bondad de los grandes corazones!...

Cuando se abran las Cortes, al salón de conferencias le faltará lo más interesante, faltándole las charlas de aquel conversador amenísimo, y nosotros echaremos de menos muchas tardes, al pasar por la Carrera, aquel amigo de las barbas blancas y el puro en la boca, que nos detenía con su característico «¿Qué hay? ¿Qué hay?», para meternos en un portal, y darnos allí, entre mordisco y mordisco al cigarro, que nunca faltaba entre sus labios, una interesante conferencia política

que nos hacía olvidarlo todo: el negocio urgente, la cita con el amigo, el vale del administrador; todo.



Como en su tocayo Mella, en Sol y Ortega el charlar era un vicio; más que un vicio, una necesidad. Él estaba siempre dispuesto a conversar a toda hora; por la mañana temprano, como a las dos de la madrugada, en una noche de «gris» y en plena Puerta del Sol, al salir del estanco de comprar la última caja de cerillas del día. Yo creo que si, pese a su escepticismo y a su enorme desdén por los políticos, D. Juan profesaba la política, era sencillamente porque con ello se proporcionaba tema inagotable para sus charlas, y asegurábase un auditorio constante. No siendo así, ¿qué valor podía tener la política para este gran político, que no creía en ningún hombre, ni siquiera en sí mismo, eterno perezoso, que por ignavia, aún más que por escepticismo, dejó tantas veces de ponerse a la cabeza del pueblo, que le hubiera seguido disciplinado y contento adonde él quisiese?

Para D. Juan, la política no fué nunca medio. No hizo aplicación a su bufete de gran abogado de los efectos de sus discursos; no figuraba su nombre entre los profesionales del consejismo administrativo.

Hablaba en las Cortes, cumpliendo un deber de

español; muchas veces se hubiera pagado su silencio a cualquier precio; es posible que alguna se lo propusieran; él no se vendió nunca.

Su primer discurso ruidoso, el que rodeó su nombre de la aureola que había de acompañarle siempre, fué el del desastre. Era un día en que toda la política, emocionada e inquieta, esperaba impaciente a que se alzase en su escaño D. Germán Gamazo y redujese a polvo la persona y el partido de aquel gran marrullero de Sagasta. Gamazo era entonces, más que una disidencia, gonfalonero de unos procedimientos nuevos, que estaban en el deseo de todos. De sus palabras podía sobrevenir, ¿que poder?, sobrevendría un cambio completo en la vida nacional. Aunque así no fuese, bastaba el anuncio de una disidencia de importancia tal, para animar, durante mucho tiempo, una política que sólo tiene interés y atención para lo enormemente pequeño.

Júzguese, pues, de la expectación que habría en el Congreso, abarrotado hasta más allá de donde era posible, a la hora en que D. Germán Gamazo debía ponerse en pie, obediente al mandato del presidente y dirigiendo hacia el banco azul un brazo, conminador y justiciero, comenzar su oración:

—Señores diputados...

Pero no fué el jefe de los trigueros, sino el diputado catalán Sr. Sol y Ortega, quien se alzó a aquella hora a hablar. ¿Habilidades de Sagasta?

¿Necesidad de cumplir el reglamento y dar la palabra a Sol y Ortega, que la tenía pedida antes que D. Germán? Ello es que D. Juan habló primero, y que las fieras de la Cámara, que estaban esperando hambrientas los trozos de carne sagastina que Gamazo iba a arrojarles, protestaron airadas contra la intrusión del diputado catalán. ¿Qué tenía que decir, ni qué le importaba a nadie, ni qué pintaba allí en aquellos momentos aquel señor de tan cerrado y duro acento?

Y, como en otras ocasiones, la Cámara, recordando, con olvido de su seriedad, los estrenos desgraciados de Apolo, prorrumpió en un desconsiderado pateo.

—¡Que se calle!

—Es que quiere darse tono, aprovechando la ocasión de hablar ante la gente.

—Lo que tenga que decir, que nos lo cuente cualquier día a primera hora.

—Cuando no haya nadie.

Pero él, impertérrito, seguro de sí, continuaba firme en su escaño.

—Me habéis de oír—decía a los alborotadores.

Y tantas veces como le interrumpían, volvía, al hacerse momentáneamente el silencio, a comenzar su discurso:

—Decía, señores diputados...

Hasta que al fin, le oyeron. Su actitud, más que su actitud, su palabra contundente, más que su

palabra la razón que le asistía, se impusieron a todos, y a los diez minutos, Gamazo y su disidencia habían desaparecido, y, sobre todo el revoltijo de egoísmos que traía alborotada por aquel entonces la política, sólo quedó en pié la figura severa de este fiscal, que acusaba a todos, esgrimiendo contra los culpables del desastre una oratoria nueva, la oratoria maza, que consiste en despojar a los hechos de toda vestidura retórica, para esgrimirlos en toda su desnudez y golpear con ellos, implacablemente, una, dos, cinco y diez veces, la cabeza del contrario, hasta que todos sintiesen bien la violencia del golpe.

Era temible. De una claridad extraordinaria en el razonar, de un método habilísimo en la exposición, sus discursos eran certeras piezas de artillería, manejadas por un artillero seguro, tranquilo y experto. El silogismo, hecho verbo. Y cuando llegaba a la frase decisiva, la repetía, la repetía, la repetía incansable, hasta imponérsela a todos como una obsesión.

Ya antes de esta ocasión, con la del discurso en defensa del capitán Clavijo, se había hecho notar como dialéctico formidable; pero en este memorable momento, su fama y crédito subieron a lo más alto, y al día siguiente, si él hubiera sido un hombre ambicioso, podría haber dispuesto de los destinos de España.

Pero D. Juan, aunque hombre bien templado, y «muy templado», según la locución estudiantil

de mis tiempos, no era un luchador; era más bien un «dilettante» de la política.

Cuando yo, algunas veces, con la respetuosa confianza que autorizaba una buena amistad de muchos años, le recriminaba por su pereza, a la que yo ponía el nombre de escepticismo, él replicábame:

—Lo que usted llama escepticismo, lo llamo yo conocimiento de los hombres.

—¿Pero entonces, usted no cree en los republicanos?

—Entendámonos. En los republicanos de arriba, no. Toda su obra ha consistido en comerse y merendarse unos a otros. Sería un dolor que se cenasen la República. Y se la cenarían, los conozco.

No era de ahora este modo de pensar suyo. Allá por los años ochenta y tantos, tuvo Ruiz Zorrilla promesas de dinero, bastante para una intentona. «D. Manuel», que tenía en grandísima estima a Sol y Ortega, encomendó a éste, juntamente con mi maestro, aquel otro hombre austero, el jurisconsulto eminente que se llamó D. Ignacio Hidalgo Saavedra, la preparación de no recuerdo qué extremos importantes del plan, lo cual hicieron a toda satisfacción del emigrado. La cosa era tan segura—varias veces se la he oído referir a mi maestro y a D. Juan—, que llegó hasta hacerse la distribución de los cargos para el primer Gobierno de la próxima e inevitable República.

Estaban todavía sin proveer dos o tres carteras del futuro Ministerio, cuando Ruíz Zorrilla, que ultimaba detalles en su despacho con Sol y Ortega, hubo de preguntar a éste:

—Y usted, amigo Sol, ¿qué quiere?

—A mí no me «hase» falta nada.

—Bien; pero yo quiero dárselo.

—Pues entonces, reclamo el cargo de ministro plenipotenciario de España en la Argentina.

—¿Tan lejos?

—No conozco otra Embajada más distante.

—¿Pero por qué quiere usted irse?

—Porque no quiero ver lo que nuestros correligionarios harán.

El tiempo, que puede más que todos, ha dado muchas veces, en muchos años, la razón al escéptico D. Juan.

Una de las últimas veces que nos vimos, comentando la bandada de jóvenes republicanos que de todas partes del reino, hasta las más apartadas, cayeron por entonces sobre Madrid y sobre Melquiades Alvarez, en demanda de puestos, apenas iniciada la evolución monárquica del insigne orador, tuvo D. Juan una frase definitiva para estas ambiciones madrugueras:

—Ya que no pueden cenarse la República, vienen a ver si se comen la Monarquía.

Y luego, al saber la repulsa que a algunos de los melquiadistas de ocasión diera D. Melquiades, comentó:

—No hay cubierto. A ser republicanos otra vez. A seguir luchando por la idea... y merendándose correligionarios.

**

El podía hablar así. Para D. Juan, el acta y la senaduría nunca fueron camino. Pudo muy bien haberse hecho, si no un gran partido, un núcleo considerable de escuderos, repartiendo las mercedes que no se hubieran negado a su poderosa influencia, y no quiso hacerlo.

Una vez, sin embargo, se le vió, en el despacho de un ministro, solicitando.

Don Juan era senador por la provincia de Guadalajara. En la provincia de Guadalajara hay un pueblecillo que se llama Tórtola. Tórtola tiene, como todos los pueblos, una iglesia; en ella los años causaron tantos estragos que fué necesario declararla ruinoso, y clausurarla en evitación de desgracias. Para sustituirla, el buen párroco habilitó una ermita cercana del pueblo, pero de tan reducidas dimensiones, que apenas si podía contener 40 o 50 personas; el resto del vecindario de Tórtola tenía que quedarse sin oír misa todos los domingos y fiestas de guardar.

—Esto no puede ser—se dijo el cura, cuidadoso de su grey y amante de su iglesia. Él sabía que figuran en el presupuesto unas cantidades con destino a la reparación de templos, y creyó que

encontraría fácilmente entre los suyos quien obtuviese de este Estado liberal y descreído los modestos medios necesarios para que la pobre iglesia se abriese de nuevo al culto. ¿Cómo unos católicos tan acendrados iban a consentir que los tortoleños se quedasen sin misa los domingos?

Pero cuando vió que los meses transcurrían sin recibir de sus correligionarios influyentes otra cosa que promesas y besalmanos, comenzó a pensar en acudir a los enemigos—todo antes que tener cerrada la iglesia—, y un día se vino a Madrid en demanda de la ayuda del gran cacique alcarreño, a quien mil veces vió llamado en la «buena prensa», el demonio mayor de estos reinos.

—¿Quién sabe?—debió decirse el cura en el tren para cobrar ánimos—. A veces el demonio no es tan malo como creemos, y se deja engañar... Y si a cambio de ello se le promete, como yo voy a prometer a este diablillo travieso, la golosina de unos cuantos votos, es posible que...

El párroco no logró ver a Luzbel. Ya sabía él que eso era cosa difícil. En un despacho que llenaban otros muchos pretendientes de todas clases, colores y olores, le recibió, con grandes muestras de cordialidad y campechanería, el secretario de Lucifer, otro diablo rubio, de ojos vivos y saltones, buen color y poblado bigote, que, luego de cambiar con el cura los obligados saludos, le hizo esperar sentado sus largas dos horas y media a que despachase a los números precedentes.

El cura asistió con ojos curiosos a este singular desfile de pedigüños. La escena era la misma con todos.

—¿Qué trae usted?—preguntaba a cada uno invariablemente, con amable sonrisa, el diablo rubio.

El pedigüño acercaba misteriosamente la boca al oído del secretario, y comenzaba una larga relación que el diablo oía haciendo maquinales signos afirmativos, mientras leía y decretaba un montón de cartas que tenía ante sí, en la mesa. Cuando le parecía, interrumpía al otro, daba una voz llamando a un subalterno y le ordenaba:

—Entérate de lo que desea el señor, y *poner* una carta al ministro. Toma, llévate esas otras—entregándole las decretadas—y *poner* las cartas que dicen.

Así con todos.

Cuando le llegó el turno al cura se repitió la escena.

—Y diga usted, señor diablo—preguntó un tanto escamado el párroco—, ¿no se *perderá* la carta? ¡Escriben ustedes tantas!

Efectivamente, se *perdió*. ¿No había de perderse? No a otra cosa equivalía la contestación con vagas promesas del ministro—tenía el cura un carro de cartas iguales—, que, con un atento besalamano del demonio mayor, recibió a los pocos días.

—Pues yo no me doy por vencido—se dijo el

buen párroco—. No me han hecho caso los míos, no me ha servido el diablo, pero todavía me queda un demonio que visitar.

Y se vino a Madrid a ver al Sr. Sol y Ortega, aunque del todo desesperanzado.

—A usted, señor Sol—díjole tartamudeando por vía de saludo cuando estuvo ante el senador republicano, mientras imprimía al viejo sombrero de teja un vertiginoso movimiento rotatorio—, le extrañará mi visita y mucho más la petición que voy a hacerle como senador que es por mi provincia.

—Siéntese, deje el sombrero y venga la *petición*—contestó don Juan, comiéndose más que fumando su abominable puro.

—No me atrevo.

—Hombre, hable, que no me como los curas crudos.

—(*Modesta e ingenuamente*): Tenemos la carne muy dura, créalo usted.

—Ya sé, ya sé.

Con mil dificultades y doscientas salvedades expuso el cura su pretensión, disculpando con sus deberes de pastor celoso el atrevimiento de molestar a un señor tan... tan así.

—¿Así, cómo?—preguntó Sol y Ortega.

—Ya usted me entiende.

—Bueno—replicó el señor Sol—; pues mañana venga usted por el libramiento de la cantidad necesaria para reparar la iglesia de Tórtola, que

ahora mismo voy a pedir al ministro de Gracia y Justicia.

Levantóse el cura sin decir palabra, y salió disparado de la habitación. Desde la escalera volvió de nuevo junto a Sol y Ortega.

—¿De veras, vengo mañana?

—Sí, hombre. ¿No hablo en castellano?

—Sí, sí, usted perdone. Hasta mañana... Por la mañana, ¿verdad?

Al día siguiente recibió el cura de Tórtola, de manos del Sr. Sol y Ortega, un libramiento de 5.000 pesetas para reparar su iglesia.

—¿Quién había de decírmelo?—exclamó emocionado—. ¡Qué caminos elige la Sabiduría divina!... Dígame en qué puedo yo servirle.

—De un modo muy sencillo: tratando en Tórtola a todos los que no vayan a misa con la misma respetuosa tolerancia con que por mí ha sido usted tratado.

—Yo se lo prometo. Y, además, que rezaré por ellos y por usted.

Don Juan tenía muchos amigos que, como el cura de Tórtola, habrán rezado por él al saber su muerte. Y sus oraciones habrán sido oídas, porque Sol y Ortega era un gran corazón que gustaba de hacer calladamente el bien.

Y fué además un buen español.